

# Pequeños e independientes

Desde hace unos años para acá términos como “bienestar”, “prosperidad”, “auge”... acompañan los reiterados y siempre iguales panoramas e informes sobre la situación del libro infantil y juvenil en España. Si bien es cierto que los números pueden confirmar esta apreciación, también es verdad que al repasar la variedad y calidad de la oferta se desvanece esta imagen optimista. La razón no es otra que detrás de los buenos pronósticos subyace la visión de la literatura infantil como un mercado, la labor del editor como un eslabón funcional dentro de la industria editorial y la del libro como una mercancía o producto que es valioso en la medida en que sea mayormente consumido.

Las consecuencias de esta situación merecerían un análisis más detenido, pero a simple vista apreciamos cómo unas pocas editoriales grandes dominan con creces la mayor parte del mercado, ofreciendo una producción homogénea, de escasa factura y riesgo, amparadas principalmente en el mercado escolar y, en menor medida, en la implantación de modas comerciales importadas, como las sagas de literatura fantástica o, más recientemente, la novela rosa para adolescentes.


Si este presente resulta un tanto desalentador, es suficiente una comparación con el pasado reciente para apreciar cuán perjudicial ha sido el rumbo tomado por las grandes editoriales. Por ejemplo, basta con comparar los libros que Altea, Alfaguara, Espasa o SM publicaba hace 10 ó 20 años con lo que ofrecen hoy día para observar el contraproducente resultado del crecimiento de estos grupos editoriales.

Aunque el desarrollo, consolidación o surgimiento de un nutrido conjunto de pequeñas editoriales no puede ser comprendido con total independencia del “auge” del mercado del libro infantil y juvenil, tampoco su razón y sentido se agotan en él. Por el contrario, son recurrentes en las intervenciones que estos pequeños editores hacen en foros y otros espacios públicos la exposición de una serie de dificultades que los acosan por igual. Entre ellos encontramos problemas de distribución, poca presencia en las librerías, falta de atención de los medios de comunicación, competencia desleal por parte de aquellas editoriales que realizan la venta directa a los colegios e institutos, entre otros.

Pese a estas condiciones precarias, acontece una situación que no deja de resultar paradójica para quien carece de conocimientos macroeconómicos:

las editoriales que tienen menos medios son las que editan los libros más costosos de producir y de mayor apuesta (los álbumes, por ejemplo), mientras que los catálogos de aquéllas que disponen de mayor capital están principalmente compuestas por libros muy económicos y de poco riesgo (el caso de las colecciones de libros de bolsillo destinados a la prescripción escolar).

Si aunamos la situación general del mercado, las dificultades que tiene que enfrentar el pequeño editor y el costo material del libro que produce, es posible que lleguemos a tener de este profesional y de su empresa una imagen idealizada y, haciendo una falsa oposición, demonicemos a la gran editorial. Caer en ello sería, además de una generalización ingenua e injusta, un grave error. No sólo porque existen diferencias y matices entre los grandes grupos o por el hecho de que podemos encontrar excelentes títulos incluso en las editoriales que menos atienden a la calidad estética o literaria. Sino, principalmente, porque entre las mismas pequeñas editoriales hay una amplia gama que va desde aquéllas que sólo persiguen interés pecuniario, se cobijan en las subvenciones y se escudan en su modesta dimensión para incumplir sus compromisos y deberes contractuales, hasta aquéllas otras que con modestia y perseverancia van desarrollando una dirección nueva, solvente y propia.

Hay un rasgo que a nuestro parecer define a un buen editor de literatura infantil y juvenil y es su preocupación por ofrecer un producto de calidad literaria y estética que influya y conforme el gusto del lector en formación. Sensibilidad, curiosidad y entusiasmo son requisitos imprescindibles. Igualmente, esta persona antes que editor tiene que ser un lector y mejor aún si lee tanto libros para niños como libros para adultos. Que forme parte de una transnacional de la industria del libro o que, en cambio, invierta sus reservados fondos en una empresa propia en teoría no son más que circunstancias accidentales pues lo esencial es la libertad en su trabajo. Ahora bien, nuestro boyante mercado editorial nos ha enseñado que esta libertad, esta curiosidad y este entusiasmo sólo lo hallamos plenamente en un reducido círculo de pequeños e independientes editores. A ellos, tanto los que aquí se ven representados como aquellos otros que no pudimos incluir, dedicamos este dossier. 

Gustavo Puerta Leisse

# La primera vez...

## Nueve pequeños editores hablan de su primera publicación

Gustavo Puerta Leisse

Entusiasmo. Quizás sea éste el motor común de las nueve pequeñas editoriales que a un lado y otro del Atlántico se han propuesto en distintos momentos históricos, en diferentes entornos sociales o económicos y con variados planteamientos, el oficio de producir libros de calidad para nuevos lectores. Sí, son editoriales que se dirigen a nuevos lectores. Su destinatario puede ser el niño que comienza a pasar sus primeras páginas, el joven susceptible de ser seducido por un libro que se escapa de la reiterada homogeneidad comercial o el adulto que hasta entonces no se sentía identificado ni representado por la oferta literaria existente.

“Nuevos libros para nuevos lectores” parece ser la tácita consigna de esta variopinta comunidad de artesanos del libro. No están todos los que son pero los que están son. Editores que respetan al libro, al autor, al ilustrador, al traductor y al lector. Editores que han creado su propio espacio en las estanterías y en las mesas de noche. Editores independientes que día a día afrontan obstáculos comunes y otros, más folklóricos, propios de la geografía donde ejercen su profesión. Pero en este dossier no hemos querido centrarnos en las dificultades presentes, pasadas o futuras que interfieren e incluso tambalean su empresa editorial. Más bien, hemos optado por reflejar ese impulso inicial, ese pasado amateur, ese primer obstáculo que de un modo u otro cada uno de ellos superó al publicar su primer título. Agradecemos a Barbara Fiore, Vicente

Vilana, Verónica Uribe, Iliana Lotersztain, Esther Rubio, Vicente Ferrer, Peggy Espinosa, José Díaz, Arianna Squilloni y Juan Luis González que nos hayan hecho partícipes de esa experiencia iniciática y, sobre todo, que publiquen libros que dignifican la oferta editorial.

### Barbara Fiore

Nuestro primer libro lo sopesamos durante un largo periodo, lo estudiamos cuidadosamente una y otra vez, y preparamos su edición con un margen de tiempo que nunca más nos podremos permitir... Pero aun así, ¡nos equivocamos!

De entre los que disponíamos, *El taller de las mariposas* nos pareció que era el título más indicado para iniciar nuestra actividad como editorial. Reunía dos requisitos que, por aquel entonces, creíamos indispensables para empezar a definir nuestra línea editorial. Por un lado, es una buena historia, bien escrita. Por otro, tiene unas ilustraciones magistrales. Requisitos, dicho sea de paso, en los que ya no creemos: ya no queremos seguir ninguna “línea editorial” y tampoco consideramos que una buena historia tenga por qué ser escrita. De hecho estamos a punto de publicar dos Historias (sí, con mayúscula) fantásticas, increíbles, magistrales... ¡sin palabras! En ellas, la narración se basa exclusivamente en la ilustración. Con esto no queremos decir que renunciemos a la palabra escrita, ni que